

Del revés

Jaime de Nepas*

Aquí tuvimos una vez un médico canario. Miguel Padrón se llamaba. Era calladito, discreto, amable, buen mozo. Y calvo, a pesar de que aún no había cumplido los treinta y cinco años. Solo tenía pelo por las orejas y el cogote, y se lo cortaba enseguida, como si dijera que, de perdidos, al río, o, como se dice por aquí, a poca leña, buen brazado. Vivía, claro, en lo que entonces se llamaba Centro Rural de Higiene, un edificio tosco hecho en el franquismo por alguien más experto en construir laberintos que viviendas, pues estaba lleno de escaleras, salientes y entranes, y con dos habitaciones pegadas a última hora, y a diferente nivel, para que el médico pasara la consulta. Una mujer del pueblo le hacía la comida, le aseaba la casa y lo aseaba a él; vamos, que lavaba y planchaba su ropa. Estábamos contentos con él, y en las otras aldeas que tenía a su cargo, también. Daba confianza, tal vez por aquella mirada limpia que tenía o por aquella pronunciación tan suave que no admitía letras fuertes, tan usuales por aquí. Cuando caías en la cama con fiebre y entraba en la alcoba y te decía unas palabras de saludo con aquel seseo dulce y aquella musicalidad templada, ya empezabas a notar la mejoría. Hizo buenas migas desde el principio con el veterinario, y más con su mujer; y con el boticario, ídem con su mujer; y con el señor maestro, que estaba soltero; y con el cura, y más aún con el ama de este. O sea, que se le daban bien las mujeres, sin que esto quiera decir que fuera un donjuán, que no dio pistas para ello. Así que dijimos inter nos: «A ver cuánto nos dura».

Pero nos duró poco, porque antes de cumplir el año se marchó. Pudo influir que él, acostumbrado a temperaturas suaves durante todas las estaciones, se encontró aquí con una primavera nevada en abril, con hielos nocturnos en mayo y con un viento cierzo en agosto que te obligaba a encender el brasero. No hace falta tener mucha imaginación para adivinar la maldita gracia que le haría el invierno.

También pudo influir en su marcha algo que le ocurrió a primeros de septiembre, cuando salía en su cochecito para hacer el recorrido de enfermos por otras aldeas. Tenía un auto pequeño, parecido a los *jeeps* que salen en las películas de guerra, pero de color gris y con capota metálica. Parecía de juguete. Se lo había traído de su tierra y por aquí le venía muy bien para atrochar por caminos, que no estaban llanos precisamente. Cierto día salía de nuestro pueblo a eso de las ocho o las nueve de la mañana silbando una canción de su tierra mientras recordaba lo que su novia le decía en su reciente carta: que volviera a las islas, que su padre —el de ella— ya había empezado a levantar una casa destinada a su hija, que en el archipiélago también se necesitaban médicos, que las temperaturas..., pero Miguel superponía a la carta sus propios deseos: trabajar y vivir en la península, tal vez por un mayor manojito de oportunidades profesionales o, ¡quién sabe!, por una fijación infantil con los trenes, porque siendo muy pequeño viajó en uno de ellos desde

Algeciras a Madrid y estuvo mucho rato con la cara pegada al cristal de la ventanilla, o asomándose a ella sujetado por su madre o su padre, viendo cómo los cables del teléfono saltaban a la comba con los cerros, admirando cómo la tierra cercana corría muy deprisa hacia atrás, cómo los cerros lejanos se movían despacio, oyendo de vez en cuando el poderoso y alegre silbato de la locomotora negra y dorada que había visto en la estación. ¡Qué envidia le dio el maquinista que se bajó de la cabina con una llave y un trapo en la mano y manipuló las ruedas de hierro, esas que al ponerse en marcha parecía que se iban alcanzar unas a otras! ¡Con qué felicidad se hubiera puesto aquel mono azul tan hermoseado de carbón como la cara sabiendo que él conduciría el tren! ¡Qué cosquilleo le entró en todo el cuerpo imaginando que él, Miguel, tiraba de la cuerda del silbato para saludar a sus amigos; que veía desde arriba acercarse y alejarse los campos con solo girar el cuello o cómo la máquina se abría paso entre las vías de hierro que se juntaban a lo lejos!

En cosas así tenía la cabeza mientras el motor de su coche vibraba con cierta alegría. El sol estaba levantándose, allá al frente, y don Miguel comprobaba con la vista una y otra vez que, en efecto, su maletín profesional estaba allí, en el asiento de la derecha. Era un hombre inseguro en las pequeñas cosas: ¿dónde había dejado las llaves, la pluma estilográfica que le regaló su padre cuando terminó medicina, la libreta de bolsillo en la que apuntaba con minuciosidad síntomas desconocidos de alguna enfermedad?

Abilio Ortega, un pastor con cincuenta años de duras intemperies en la cara, tenía su rebaño en una ladera cercana, entretenido en espigar un rastrojo, cuando vio cómo el coche del doctor aparecía por el rasante, bajaba la cuesta y no hacía caso de la curva, saltándose la cuneta, cayendo por el terraplén, aterrizando en un garbanzal y levantando una gran polvareda. Dijo después el pastor que había seguido toda la trayectoria como si un hilo uniera sus ojos con el auto, como si hubiera tirado del hilo en la curva y lo hubiera atraído fuera de ella. Y añadió que el polvo era tanto que no se veía el coche, hasta que se levantó lentamente y apareció el suzuki con las cuatro ruedas arriba, girando dos de ellas todavía.

Abilio dejó las ovejas sin dar ninguna orden a los perros y se acercó corriendo al lugar del accidente gritando «¡Ya voy, ya voy!», sin posibilidad de que, por la distancia y lo amplio del escenario, lo oyera el médico, que se removía en la cabina desorientado y boca abajo. La manija de la puerta estaba doblada e inservible, pero Abilio logró introducir su garrote por algún hueco y apalancar con él. Don Miguel debía estar recostado sobre la puerta, porque cayó al suelo medio de espaldas medio de cabeza, girando el cuerpo sobre esta y hacia atrás para quedar mirando al suelo. «Por si no había tenido bastante —pensó Abilio—, otra voltereta de regalo».

—*Dotor, dotor, ¿cáchuste?*

* Periodista y campesino, Majadahonda (Madrid, España). Dirección para correspondencia: jaimm@mi.madridtel.es.

El médico se puso de pie rumiando tierra. Abilio contó más tarde, y cada vez que repetía la escena, que oía perfectamente el rechinar de la arena entre los dientes, que el otro llevaba polvo hasta en las cejas, que la calva no le brillaba, que el traje gris oscuro se le había vuelto marrón, que iba con los ojos abiertos y los brazos extendidos caminando hacia ningún lado, que él, el pastor, le echó una mano al hombro para tranquilizarlo.

—Hueso *tronzao* no parece *caya*. ¿*Cápasao* con la curva?

El doctor contestó expulsando de mala gana, como quien lo considera de mala educación, dos salivazos rojizos y sacudiéndose con las manos el polvo de la chaqueta y las perneras. Abilio se soltó el zurrón de la espalda y le ofreció una cantimplora para que se enjuagara la boca, y después le indicó que hiciera cuenco con las manos para lavarse la cara. El pastor dijo aquella noche en la tertulia del bar Roque que el *dotor* no atinaba a coger la cantimplora, que le tuvo que ayudar. Dijo también que le había pasado una cosa rara, a saber, y haciendo un largo paréntesis mientras miraba al techo: que con aquellas ayudas y socorros le dio por pensar que la vida se había vuelto del revés, o sea, que el médico era el enfermo, y él, el pastor, era el médico, y que en ese estado pasó el mejor rato de su vida, superando la noche de bodas y la licenciatura de la mili.

El agua fresca pareció serenar el ánimo de don Miguel, que ya tenía la cara limpia, pero al que ahora le resbalaba por la frente una gota de barrillo. El pastor se la limpió con su pañuelo de cuadros.

—Me parece que tengo un episodio de doble visión —dijo Miguel en voz alta.

—*Locusté* diga —dijo el pastor sin entender nada.

El médico cerraba y abría los ojos, se los frotaba, daba cuatro pasos a un lado, a otro, miraba a lo lejos y a lo cerca.

—Que veo doble, señor Cirilo —dijo el médico—, que lo veo a usted dos veces.

—Abilio, me llamo Abilio, no me cambie por el Cirilo, que mayormente no me hablo con él —dijo el pastor mientras pensaba que don Miguel, además de la vista, tenía mal la cabeza.

Así estuvieron un rato, sin que ninguno de los dos supiera hacia dónde tirar, pues el médico bastante tenía con intentar orientarse, y el pastor dudaba si dejar o no solo al rebaño para ayudar al *dotor*. Se decidió por esto último, y con dos silbidos y un par de gritos ordenó a los tres perros que arremolinaran a las ovejas y no las dejaran moverse del lugar. Dejaron atrás el auto, que ya tenía las ruedas quietas, y se acercaron a la primera casa del pueblo, que era el taller de carpintería de Lázaro Muñoz. Entraron como habían hecho el camino: a la par, con una mano del pastor sobre el hombro del señor médico. Lázaro estaba pasando la garlopa al nudo oscuro y recalitrante de una tabla que parecía destinada a formar parte de la tapa de un ataúd a medio terminar que descansaba en la mesa de trabajo. Así que los vio, se quitó la gorra por el médico, no por el pastor, y se la sacudió con fuerza contra el pantalón. Se levantó polvo, porque en aquella nave, además de algo de hierro (en la aserradora, en las herramientas), había serrín y polvo por donde se mirara: en el suelo, que estaba mullido, en el techo de madera, en las ventanas, en las tablas apoyadas en la pared, en el mono azul de tirantes del carpintero y hasta en el lápiz rojo que Lázaro lleva-

ba sobre una oreja. El pastor se echó algo hacia atrás, manoteó para espantar el polvo y dijo:

—Vaya, mal traje estás haciendo.

—Buenos días. Pues mira, el Mauricio, de Viana, que se ha jodido —contestó el carpintero.

—El Mauricio... Pero si estuve hablando con él hace cosa de un mes; ¿y de *ca* muerto?

—Pues de qué va a ser, del último mal.

Abilio contó lo del accidente con cierta satisfacción, para qué se va a mentir; lo de que el médico veía el doble, que el coche estaba patas arriba, que a las ovejas las había dejado solas y tenía que volver. Lázaro contestó que la caja para el muerto debía entregarla enseguida, y pensó que lo de ver doble solo se podía deber a que el médico había bebido más de la cuenta, aunque no llevara fama de ello. Mientras tanto, el médico miraba a un lugar, a otro, se restregaba los ojos como si se los quisiera meter allá dentro, intentaba fijar la vista...

—Ahora veo las cosas del revés —dijo con la voz angustiada de quien cree que va de mal en peor.

No solo Lázaro, también Abilio pensó en lo de la bebida, aunque don Miguel no zaraballaba ni tenía síntoma alguno de borrachera.

—¿No *sabrá tomao* una copeja esta mañana y la *sentao* mal? —dijo Tomás, cuidando el lenguaje para no molestar.

—No hay cuidado, no he bebido más que agua y café.

—Pues este hombre tiene alguna quera en la cabeza —apuntó Lázaro, que entendía mucho de carcomas y polillas—; habría que llevarlo al médico.

—¡Otra, joder! ¡Con el médico está! ¡Si no lo deja ni a sol ni a sombra, ni de día ni de noche! —replicó el pastor.

Lázaro y Abilio, no obstante la aguda observación de este último, decidieron llevarlo ante quien más se parecía a un médico: al veterinario. Solo que la estanquera, que tenía siempre la puerta abierta y se asomaba a la calle en cuanto terminaba de despachar, les dijo que don Alonso había salido con su yegua fuera del pueblo. A partir de aquí la comitiva se fue ampliando con varias mujeres curiosas y algunos chicos ociosos. Abilio repetía la historia una y otra vez, añadiéndole cada vez más aparatosidad retórica y, sobre todo, más importancia a su propia persona, mientras guiaba a don Miguel, llevándolo por un hombro y no permitiendo que lo tocara nadie. El accidente fue de boca en boca y en los mentideros, como la fragua, el lavadero o la taberna, se aseguraban cosas como que don Miguel había enderezado una curva por ir borracho, que salió del coche con la boca llena de garbanzos, que veía todo de medio lado...

El séquito, al que se había unido el barbero y gente que no tenía otro pito que tocar, se dirigió a la botica para oír la opinión de don Aquilino, que, digamos, también era del gremio. El grupo caminaba con prisa, bullicioso y expectante, como quien va al circo. Además, el cielo y la temperatura ayudaban a su modo, pues aquel aparecía despejado, y esta, suave. Algunos chicos se detenían por pares y agachaban la cabeza para mirar entre las piernas y ver los edificios y las personas del revés, y luego se reían y se daban empujones. No hace falta decir que don Miguel tenía la misma cara que si lo llevaran al patíbulo: tirantes los músculos de la mandíbula, cabizbajos los ojos,

arrugada la frente por la fuerza de la preocupación, dándole vueltas a su ciencia para averiguar lo que le pasaba.

Don Aquilino, alertado seguramente por el alboroto, o porque no tenía otra cosa que hacer, estaba en la puerta de la botica echando vaho sobre sus lentes y limpiándolas con la punta de la bata blanca. Allí se paró la gente a instancias de los brazos extendidos de Abilio, que más que pastor de ovejas parecía el alcalde del pueblo, el cual contó la historia por enésima vez, pero esta vez subido al poyo, ligeramente por encima del boticario, y con el tono sublime de un magistral que proyecta la voz hacia la bóveda gótica desde el púlpito del altar mayor de la colegiata en la fiesta de la Inmaculada Concepción, o algo así:

—*Taba* yo con las ovejas *nel* hondo Valdenublo *cando* veo el coche del señor *meico* asomar *pol* rasante que me dije *mu* deprisa *vaeste*, ya verás... —Pero don Miguel lo interrumpió:

—Que me salí en la curva y volqué en el terraplén. Al principio tuve episodios de visión doble y ahora veo las cosas sencillas pero invertidas.

Don Aquilino, que estaba como siempre, o sea, gordo, con la bata blanquísima y las gafas ya puestas en la punta de la nariz, alargó los brazos como quien va a recibir a un amigo que no ha visto hace diez años, pero interrumpió el gesto al ver de cerca de don Miguel.

—Tráiganme un cepillo, por Dios, que parece un ecchehmo.

Y las mujeres enseguida le llevaron media docena, con los cuales le dejaron el traje algo menos limpio que para pasar revista. El boticario entró en su casa y salió con un vaso de agua y una pastilla.

—Es un relajante muscular, te hará bien.

A continuación le palpó la cabeza y le hizo pruebas de visión moviendo un dedo de acá para allá o preguntándole cuantos dedos veía. El médico insistía en que la doble visión había desaparecido, pero que seguía viendo las cosas del revés. Don Aquilino hizo pasar a toda la gente a su zaguán, que era fresquito, oscuro y amplio. No tenía ventana, y en dos de las paredes contiguas había sendos bancos corridos hechos de mampostería, recuerdo de la barbería que fue muchos años atrás. Arriba de los bancos, cerca del techo, un estante sostenía una veintena de vasijas de cerámica con dibujos de plantas y nombres de especias escritos en letra gótica. Presidía el cuarto una mesa cuadrada de madera negra con patas de fiera, en cuyo centro reinaba, sobre un tapetito blanco hecho a ganchillo, un gran vaso de vidrio de color añil que contenía un ramillete de margaritas de plástico. Y no había más. Bueno, dos puertas: una por la que se accedía a otros cuartos de la casa y otra lateral que daba a la farmacia. De aquí sacó el boticario una silla para don Miguel y una pizarra grande con las esquinas redondeadas que Lázaro enseguida recordó que estaba hecha en su taller. Después de entregársela al pastor y rogarle que la sostuviera a buena altura, borró con un trapo las fórmulas químicas que tenía y pintó con la tiza una raya horizontal larga, y sobre ella un arbolito en una punta y un ojo de perfil en la otra. Como Abilio no veía lo que el otro dibujaba y solo oía el rasgueo de la tiza sobre la tabla, asomaba de continuo la cabeza por un lateral u otro deseando tener un cuello de medio metro de largo para mejorar la perspectiva. Conviene aclarar, antes de

proseguir, que el boticario, además de dominar su profesión y el juego del tute subastado, era gran aficionado a la astronomía. Disponía de un telescopio y en las noches claras lo sacaba a los arrabales, fuera de la luz del pueblo, y se pasaba horas mirando las estrellas y apuntando en un cuaderno lo que solo él sabía. O sea, que el boticario sabía de lentes.

—¿Se han dado cuenta ustedes que cuando se colocan frente a un espejo se ven del revés? Quiero decir que si se tocan la oreja izquierda, en el espejo se tocan la derecha, ¿no es así? Y también sucede que la distancia entre usted —aquí señaló al carpintero— y el espejo es la misma que hay entre el espejo y la imagen que refleja. Por supuesto —continuó el boticario—, la imagen que da el espejo es más falsa que los duros de madera, por la sencilla demostración de que si miramos detrás del espejo, no vemos ni al señor Lázaro ni a su abuela, que en paz descansen.

El silencio admirativo de la concurrencia, unas veinte personas, era tan formidable que se podía cortar no ya con una navaja de afeitar, sino con un azadón.

—¿Se han dado cuenta ustedes —prosiguió el boticario— de que cuando metes una vara en el agua clara o una tabla de lavar parece que se desvía, que no sigue recta?

Hubo un murmullo de aceptación.

—Y es obvio que hasta un niño sabe que si este cuarto estuviera completamente a oscuras no nos veríamos los unos a los otros.

Esta última apreciación fue considerada, para los adentros, claro, como una tontería, pero como la decía el señor boticario podía tener algún misterio, y la frase quedó suspendida en el aire hasta que el pastor no aguantó más y, bajando la pizarra hasta su cintura, miró al de las boticas y dijo, como si hubiera hecho un gran descubrimiento y sin saber lo que decía:

—¡Esa es la *custión*!

—En definitiva, señoras y señores, que para ver las cosas necesitamos luz, que la luz se refleja y se refracta.

Primero dibujó unas líneas para demostrar, según él, que el ojo que había pintado veía el árbol por debajo de la línea horizontal. A continuación, tras borrar el ojo puso en vertical algo parecido a una pepita de melón, o sea, más abultada por el centro que por las puntas, y aseguró que nuestros ojos eran de natural una lente así: biconvexa. Algunos oyentes movieron los labios para musitar esa palabra: *biconvexa*, como si no quisieran olvidarla jamás por lo desconocida y porque contenía algún misterio a punto de descifrarse. El boticario se puso a trazar líneas rectas que, al atravesar la pepita, se refractaban —eso decía él— hacia un punto de la horizontal y se prolongaban en forma de haz, y sin más ni menos, si el arbolito de la izquierda estaba de pie, el que pintó a la derecha estaba boca abajo, siguiendo las líneas que hemos dicho.

—Todos nosotros vemos las cosas así, del revés —dijo con toda solemnidad.

El boticario se veía que estaba disfrutando, no se sabe con qué, y el auditorio gozaba con las explicaciones aunque no las entendiera. Hay que añadir que del señor médico no se acordaba ni él, ni el médico de los demás: tenía las manos sobre las rodillas, la cabeza gacha y la mirada perdida. Vamos, que estaba, pero no estaba allí. Don Aquilino continuó:

—Y ahora sí que viene la cuestión a la se refería el señor Abilio —palabras recibidas con gran alegría por el pastor—. Los muchísimos puntos de luz que nos entran por la pupila se concentran en la retina, que contiene millones de células muy sensibles a la luz, que, vaya a saber usted por qué, se llaman *bastones* —el pastor miró con misterio y admiración su garrote—. Esos bastones transforman la imagen en impulsos nerviosos, y a través de los dos nervios ópticos, uno por cada ojo —se señaló el boticario—, llegan al cerebro, que hace dos trabajos: uno, para que en vez de dos imágenes, una por ojo, haya solo una, superpuesta; y dos, le da la vuelta para que la veamos de pie. Y lo hace todo tan rápido que ni nos damos cuenta del cambio.

¡¡¡Fantástico!!!, estuvo a punto de gritar la gente, de tan feliz que estaba, y si alguien hubiera iniciado un aplauso, se habrían caído las maderas del techo.

—En conclusión —dijo don Aquilino, mirando casi con desafío y de izquierda a derecha a su alumnado en vilo—, que la luz nos entra por los ojos, pero vemos con el cerebro.

Esto ya fue el colmo del descubrimiento, de la admiración y de la felicidad. La gente no quería que aquello terminase, deseaba que se prolongaran durante toda la mañana tan formidables explicaciones. Tal es a veces la fuerza de las palabras.

—Lo que ha pasado aquí —y puso una mano sobre el hombro de don Miguel— es que el volquetazo ha producido un fuerte *shock*, diría yo, y el cerebro de nuestro médico no trabaja con normalidad...

—Ya dije yo que tendría alguna quera —apuntó el carpintero dando un paso al frente—. Al hospital, ¿no?

—Pues no. En mi modesta opinión, vamos a probar con el reposo.

—¡Hola, hola! El remedio del gitano —dijo el pastor.

—¿Qué remedio es ese?

—No hacer nada.

—Pues mire, sí, empezaremos por ahí. Reposo y tiempo, a ver qué pasa. Yo mismo le acompañaré para comprobar la evolución. Y ahora, señores míos, como suelen decir ustedes, cada mochuelo a su olivo.

La gente salió cuchicheando. Abilio y Lázaro, con cierta prisa; uno porque a saber cómo estaban las ovejas, y el otro porque tenía que entregar la caja por la tarde. El primero, henchido de satisfacción, como ya hemos dicho, y el segundo empeñado en su quera. El resto del personal se esparció por las callejas buscando familiares y vecinos para explicarles lo sucedido, sin que quepan aquí, ni en un libro de cien páginas, los innumerables trueques, retorcimientos y disparates en que aquella turba turbada convirtió la clase magistral de don Aquilino.

El médico se levantó tan fresco al día siguiente, sin rastro de las consecuencias anteriores del accidente, es decir, sin dobles visiones ni visiones virtuales. No obstante, el boticario lo llevó al hospital de la ciudad, sin que las pruebas oftalmológicas y radiológicas que le hicieron dieran otro resultado que la normalidad. «Sí, un *shock* es lo más probable —dijeron los

especialistas—. No haga movimientos bruscos y bébase un par de litros de agua al día —recomendaron—. Lo veremos en dos semanas».

Y eso fue todo. Don Miguel volvió a sus enfermos, a su coche restablecido, a las cartas mohínas con su novia y a las charlas con los otros funcionarios —como se les denominaba a él, al boticario, al maestro, al cura y al veterinario—, o sea, que volvió a la normalidad.

Pero solo era una normalidad aparente; habían cambiado cosas después del accidente. Por ejemplo: cada vez que Abilio lo veía desde algún campo levantaba el garrote en señal de saludo, cosa que, antes del accidente, no se le hubiera ocurrido hacer por respeto «al señor *meico*». Y cuando se tropezaba con él en la calle le daba una palmada en la espalda como si fueran colegas, un gesto inconcebible solo unas semanas atrás. Lo que decimos de Abilio se puede repetir de Lázaro, aunque este era más comedido en sus expresiones, pero le miraba fijamente cada vez que se veían como si fuera a descubrir la maldita quera. La dueña del estanco tenía reacciones parecidas a las de Abilio, y el barbero se subió, casi literalmente, a las barbas de don Miguel, a quien llegó a tutear sin su permiso. En definitiva, que los vecinos dejaron de ver a don Miguel como se solía ver en los pueblos a los médicos: lejanos, inescrutables y de manos frías, y lo transformaron en un forastero amable y vecinal que se dedicaba a algo muy parecido a lo que hacían ellos: sembrar y recolectar patatas, trigo o remolacha; regar la planta o quitarle la cizaña, prevenirla de plagas o cortar por lo sano cuando algo estaba putrefacto. Quiere decirse que se sintieron de igual a igual con él, y que así lo trataron.

Fuera o no fuera así, el caso es que cuando los vecinos se le acercaron de esta forma, don Miguel se distanció de ellos, como si considerara natural que él fuera el que tuviera que acercarse y no al revés. Durante un par de semanas, las relaciones fueron raras, dubitativas y se hicieron cada vez más inseguras. Uno de esos días alguien vio platicar a don Aquilino, el boticario, con el médico, y le decía algo así:

—A estas genticillas, Miguel, hay que mantenerlas cerca, pero distanciadas. No vamos a decir un barranco ni una acequia, pero más de una cuarta debe haber entre médico, o boticario, y paciente —el caso del veterinario es distinto, al tratar con bestias—, porque ese respeto multiplica el efecto del medicamento recetado. Y me parece, Miguel, que con lo del accidente, los vecinos se han saltado todas las cunetas y bardas encontradas y se te han echado encima.

También pudo influir, como ya hemos dicho, que Yaiza, que así se llamaba la novia canaria, le escribía cada vez con más urgencia: una carta diaria, según la asistente de don Miguel. Y para dar más datos cabe añadir que la noche del día de los Difuntos cayeron por miles unos copos grandes como sombreros, húmedos y mansos, que dejaron en el suelo un palmo de nieve. Total, que don Miguel hizo los trámites que fueran y nos dejó, sin que hayamos sabido nada de su vida. El Abilio resumió aquella marcha en una sola frase:

—A tu tierra, grulla, aunque sea con una pata.

¿Quién lo usó por vez primera?

Penicilina

Fernando A. Navarro

Es bien conocido que el bacteriólogo escocés Alexander Fleming protagonizó en el Hospital de Santa María de Londres uno de los mayores descubrimientos médicos de la historia cuando, en septiembre de 1928, observó casualmente que el hongo *Penicillium notatum*, cultivado en un medio adecuado, producía una sustancia de acción antibiótica.¹ Lo relata con detalle el propio Fleming en su artículo de 1929 en el *British Journal of Experimental Pathology*, donde comunica su hallazgo y acuña el término *penicillin*.²

While working with staphylococcus variants a number of culture-plates were set aside on the laboratory bench and examined from time to time. In the examinations these plates were necessarily exposed to the air and they became contaminated with various micro-organisms. It was noticed that around a large colony of a contaminating mould the staphylococcus colonies became transparent and were obviously undergoing lysis.

Subcultures of this mould were made and experiments conducted with a view to ascertaining something of the properties of the bacteriolytic substance which had evidently been formed in the mould culture and which had diffused into the surrounding medium. It was found that broth in which the mould had been grown at room temperature for one or two weeks had acquired marked inhibitory, bactericidal and bacteriolytic properties to many of the more common pathogenic bacteria.

[...] In the rest of this article allusion will constantly be made to experiments with filtrates of a broth culture of this mould, so for convenience and to avoid repetition of the rather cumbersome phrase “Mould broth filtrate”, the name “penicillin” will be used. This will denote the filtrate of a broth culture of the particular penicillium which we are concerned [A. Fleming (1929): «On the antibacterial action of cultures of *Penicillium*, with special reference to their use in the isolation of *B. influenzae*», *Br J Exp Pathol*, 10: 226-236].

El descubrimiento de Fleming quedó inicialmente relegado al ámbito de los avances meramente teóricos, hasta que, a partir de 1933, la revolución de las sulfamidias estimuló de forma espectacular la investigación en el ámbito de la terapéutica antimicrobiana. Primero solo quimioterápicos, pero luego también antibióticos, cuando, en 1939, un equipo de investigadores bioquímicos de la Universidad de Oxford, encabezado por el alemán Ernst Chain, el australiano Howard W. Florey y los ingleses Arthur D. Gardner y Norman G. Heatley, expuso en las páginas de *The Lancet* las enormes posibilidades terapéuticas de la penicilina de Fleming, también en la práctica clínica.

In recent years interest in chemotherapeutic effects has been almost exclusively focused on the sulphonamides and their derivatives. There are, however, other possibilities, notably those connected with naturally occurring substances. It has been known for a long time that a number of bacteria and moulds inhibit the growth of pathogenic micro-organisms. Little, however, has been done to purify or to determine the properties of any of these substances.

[...] Fleming noted that a mould produced a substance which inhibited the growth, in particular, of staphylococci, streptococci, gonococci, meningococci and *Corynebacterium diphtheriae*, but not of *Bacillus coli*, *Haemophilus influenzae*, *Salmonella typhi*, *P. pyocyanea*, *Bacillus proteus* or *Vibrio cholerae*. He suggested its use as an inhibitor in the isolation of certain types of bacteria, especially *H. influenzae*. He also noted that the injection into animals of broth containing the substance, which he called “penicillin”, was no more toxic than plain broth, and he suggested that the substance might be a useful antiseptic for application to infected wounds.

[...] During the last year methods have been devised here for obtaining a considerable yield of penicillin, and for rapid assay of its inhibitory power. From the culture medium a brown powder has been obtained which is freely soluble in water. It and its solution are stable for a considerable time and though it is not a pure substance, its antibacterial activity is very great [E. Chain, H. W. Florey, A. D. Gardner, N. G. Heatley, M. A. Jennings, J. Orr-Ewing y A. G. Sanders (1949): «Penicillin as a chemotherapeutic agent», *Lancet*, 2: 226-8.

En 1945, el Premio Nobel de Medicina y Fisiología se otorgó conjuntamente a Fleming, Chain y Florey, en reconocimiento a un avance médico cuya trascendencia solo difícilmente podemos valorar quienes no llegamos a conocer los estragos que causaban los cuadros infecciosos en la era preantibiótica.

¹ Menos conocido es —incluso entre hispanohablantes— que un año antes el investigador costarricense Clorito Picado Twight había comunicado públicamente, en un informe científico enviado a la Sociedad de Biología de París, la acción antibiótica de los hongos del género *Penicillium*.

² Sobre el origen de este vocablo y su parentesco etimológico con el pene, véase: Fernando A. Navarro (2002): «Pene y penicilina», En: *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Del Prado, pp. 161-162.